

CULTURA, LENGUAJE Y REPRESENTACIÓN / CULTURE, LANGUAGE AND REPRESENTATION · ISSN 1697-7750 · VOL. XVII \ 2017, pp. 123-137
REVISTA DE ESTUDIOS CULTURALES DE LA UNIVERSITAT JAUME I / CULTURAL STUDIES JOURNAL OF UNIVERSITAT JAUME I
DOI: [HTTP://DX.DOI.ORG/10.6035/CLR.2017.17.8](http://dx.doi.org/10.6035/CLR.2017.17.8)

Recorriendo las calles de Valladolid: *La emparedada del Corral de Campanas*, de José Luis Guerra Fernández¹

Walking the streets of Valladolid: *La emparedada del Corral de Campanas* of José Luis Guerra Fernández

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Artículo recibido el / *Article received*: 17-10-2016
Artículo aceptado el / *Article accepted*: 23-01-2017

RESUMEN: En este trabajo se analizan la visión de Valladolid que se ofrece en la novela *La emparedada del Corral de Campanas*, de José Luis Guerra Fernández, comparándola con la que se da en algunas guías turísticas de la ciudad. Para ello, analizamos las estrategias retóricas y persuasivas empleadas en las guías y en la novela. En esta se describe minuciosamente el tránsito del protagonista por un gran número de calles de la ciudad, especificando siempre sus nombres, lo cual constituye un original y atractivo recurso. Además, se explican algunos acontecimientos históricos y las antiguas denominaciones de las calles de Valladolid en que sucedieron, relacionando esas calles antiguas con las actuales e indicando las variaciones que han experimentado en sus nombres. Todo ello plantea la cuestión del tipo de «lector ideal» al que va dirigida la novela, pues no todos los lectores, ni siquiera la generalidad de los residentes en la ciudad, conocen cuáles son todas las calles que se nombran ni la historia de Valladolid.

Palabras clave: José Luis Guerra Fernández, *La emparedada del Corral de Campanas*, imagen de Valladolid, hiperrealismo y ficción, lector ideal.

-
1. Este artículo es resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación «Retórica constructivista: discursos de identidad», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación español (referencia: FFI2013-40934-R).

ABSTRACT: In this paper the vision of Valladolid offered in the novel *La emparedada del Corral de Campanas*, of José Luis Guerra Fernández, is analyzed, comparing it with that given in some tourist guides of the city. We analyze the rhetorical and persuasive strategies employed in the novel and in tourist guides. In the novel, the protagonist movement of a large number of streets of the city is minutely described, always specifying their names, which is an original and attractive resource. In addition, some historical events and the names of the streets of Valladolid in which they occurred are explained, relating these ancient streets with current and indicating the changes they have experienced in their names. All this raises the question of the type of “ideal reader” to whom the novel is addressed, because not all readers, even the generality of residents in the city, know where are all the named streets or the history of Valladolid.

Keywords: José Luis Guerra Fernández, *La emparedada del Corral de Campanas*, Valladolid image, Hyperrealism and fiction, Ideal reader.

El propósito de este trabajo consiste en analizar la visión de Valladolid que figura en la novela *La emparedada del Corral de Campanas* (2004), de José Luis Guerra Fernández (Caracas, 1948-Valladolid, 2014), comparándola con la que se ofrece de la misma ciudad en algunas de las guías turísticas más accesibles o en los puntos turísticos de información, con el propósito de evidenciar las diferencias entre las mismas y de establecer las particularidades de la primera. Para ello, haremos uso de la metodología analítica proporcionada por la Retórica, y tendremos además en cuenta algunos estudios que han analizado el espacio urbanístico en las obras literarias (VV. AA., 2003; Westphal, 2007; Llorente, 2014).

1. GUÍAS TURÍSTICAS SOBRE VALLADOLID

En el verano de 2016, cuando un turista accede a alguna de las oficinas de turismo dependientes del Ayuntamiento de Valladolid, se le sugiere en todas ellas un itinerario básico, consistente en visitar la Catedral y la iglesia de Santa María de la Antigua, la plaza de la Universidad y la plaza de Santa Cruz, el conjunto de la plaza de San Pablo (que incluye el Palacio Real, la iglesia de San Pablo, el palacio de los Pimentel y la fachada del colegio de San Gregorio –desde la que se accede al Museo Nacional de Escultura–), el monasterio de San Benito y el patio Herreriano, la Plaza Mayor, la calle de Santiago, la plaza de Zorrilla y el parque denominado «Campo Grande». Además, se especifica que detrás de la

Plaza Mayor y en dirección a la Plaza de Martí y Monsó hay una zona de bares y restaurantes, donde es posible degustar los distintos tipos de vinos, las tapas y los productos gastronómicos típicos de la ciudad.

En el reverso del plano que se ofrece a los turistas, hay un mapa de la provincia de Valladolid, se especifican sus «Denominaciones de Origen Vitivinícolas» y se facilitan los teléfonos y direcciones de correo electrónico de otras oficinas de turismo situadas en algunos de sus pueblos más importantes. Asimismo, se indican los accesos y medios de transporte a la capital, la información sobre el «Bus turístico» que la recorre y un listado de sus museos, entre los que se destaca el Museo Nacional de Escultura.

En las oficinas de turismo también se ofrece un folleto trilingüe (en español, inglés y francés) denominado «Turismo Valladolid», editado por la Sociedad Mixta para la Promoción del Turismo en Valladolid y el Ayuntamiento de la ciudad,² en el cual hay dos breves páginas iniciales denominadas «Bienvenida» e «Historia y Arte», algunas fotografías de calles y plazas de la ciudad, y un listado de los apartados que se suponen más interesantes para el turista: «gastronomía; enoturismo; fiestas y eventos; arte, cultura, toros, música, cine y teatro; de día y de noche; compras; universidad; español». Siguen unas cuantas páginas dedicadas a ofrecer información sobre los diversos museos de la ciudad (Museo Nacional de Escultura, Museo Patio Herreriano, Museo de la Ciencia, Museo Oriental, Casa-Museo de Colón, Casa-Museo de Zorrilla, y Museo Casa Cervantes), otras páginas de información sobre la Oficina de Congresos, el enoturismo, la gastronomía, la «Valladolid film Office» (que suministra servicios de asesoramiento a las productoras interesadas en rodar películas en la ciudad), la invitación a estudiar español (ya que «Valladolid es conocida como la cuna del español y tiene fama de ser el lugar donde se habla el mejor español del mundo» [21]) y la tarjeta turística «Valladolid Card», que da acceso al bus turístico y a los museos. El folleto continúa con un apartado denominado «Recorre la ciudad», donde se ofrece información sobre visitas turísticas guiadas y el bus turístico. Sigue una sección dedicada a las «Fiestas tradicionales» en la que se destaca la importancia de la Semana Santa vallisoletana; otra denominada «Saborea Valladolid», en la que se incluye una fotografía de un plato de «lechazo asado» (producto gastronómico típico de la zona) y se destacan las virtudes culinarias y vinícolas de la ciudad, así como la organización en la misma de un «Concurso Nacional de Pinchos y Tapas», y otro apartado dedicado a Valladolid como «Ciudad de la cultura», en el que se ofrece información sobre el Festival Internacional de Teatro y Artes de Calle y la Semana Internacional de Cine (SEMINCI). Por último, se señalan

2. En el folleto se remite a la página web <http://www.info.valladolid.es/>, donde también se ofrece información turística sobre Valladolid.

dieciséis rutas turísticas, se ofrece información sobre accesos y desplazamientos y se incluye un pequeño mapa y un listado de hoteles de la ciudad.

Como se ve, este folleto no se limita a ofrecer información que pueda resultar de interés para cualquier turista, sino que tiene un importante componente publicitario, de forma que se anima a los destinatarios a consumir los distintos productos que ofrece la ciudad.

Desde un punto de vista retórico, y en relación con los tres géneros de discursos establecidos por Aristóteles (judicial, deliberativo y demostrativo), Tomás Albaladejo (1999: 19) señala que los discursos retóricos pueden tener más de un componente, de manera que uno de ellos suele ser el preponderante. Las guías turísticas no dejan de constituir un tipo de discurso persuasivo, y pueden tener un doble componente de tipo deliberativo y demostrativo. Podríamos pensar que su propósito fundamental es convencer a los destinatarios de que visiten la ciudad (lo que se relacionaría con el componente deliberativo), pero hay que tener en cuenta que, la mayor parte de las veces, las guías turísticas se adquieren después de tomar la decisión de viajar al lugar elegido. Aunque cabe la posibilidad de que ciertos destinatarios hojeen una guía turística sin haber decidido visitar el lugar correspondiente, y de que lo que encuentren en ella les anime a hacerlo, las guías se suelen adquirir después de haber decidido visitar un determinado lugar, por lo que su propósito básico no sería el de propiciar la visita, sino el de informar al turista de lo que puede encontrarse en el destino que previamente ha elegido. Pero no por ello las guías turísticas carecen de un componente deliberativo, ya que la información que se ofrece en ellas no solo suele ir acompañada de un autoelogio de las excelencias de la villa (componente demostrativo), sino también de una invitación a consumir los productos turísticos que se ofrecen, y en cierta forma relaciona los recursos retóricos usados en las guías turísticas con los que se emplean en la publicidad (Sánchez, 1991; Spang, 1991; Ferraz, 1993; López, 1998; Castelló, 2002; Robles, 2004; Madrid, 2005; Moreno, 2012). La diferencia esencial es que la publicidad suele ir encaminada a la mayor cantidad posible de destinatarios que puedan adquirir el objeto que se promociona, y las guías turísticas están dirigidas fundamentalmente a aquellas personas que han decidido previamente visitar un lugar.

Quintiliano, por su parte, en el libro XI de su *Instituto Oratoria*, explica que el discurso persuasivo, orientado a la persuasión (*persuadere*), tiene tres finalidades: *docere*, o enseñar; *movere*, o conmover, emocionar o hacer cambiar de opinión al auditorio, y *delectare*, o causar deleite. La información que se suministra en las guías turísticas se relaciona básicamente con el *docere*, y en sí misma tiene un componente persuasivo, que anima al turista a conocer personalmente los lugares emblemáticos de la ciudad. La finalidad deleitosa (*delectare*), que en los discursos retóricos tradicionales se procuraba a través de los recursos estilísticos y del uso de tropos y de figuras retóricas relacionados con la *elocutio*, no destaca tanto

en las guías turísticas por el empleo de recursos lingüísticos (pues su lenguaje suele caracterizarse por su sencillez y ausencia de artificiosidad) como por la inclusión de fotografías atractivas que en sí mismas resulten deleitosas, lo que afianza de manera visual el propósito persuasivo. En cuanto a la tercera finalidad de tipo emocional, relacionada con el *movere*, suele tener una presencia menor en las guías turísticas, pero puede estar presente en determinados comentarios que pretenden conmover afectivamente a los destinatarios.

No obstante, alguno de esos componentes puede ser el dominante en determinadas guías turísticas. Así, en el folleto que acabamos de mencionar tiene especial importancia el componente deliberativo, destinado a convencer al destinatario para que consuma los productos de Valladolid.

Ese mismo carácter promocional se observa en la guía turística, más extensa, editada por la misma Sociedad Mixta para la Promoción del Turismo en Valladolid y el Ayuntamiento de la ciudad, titulada ¡Velay! Valladolid en todos los sentidos (2014), la cual pretende ofrecer una imagen seductora de la ciudad, relacionada con la finalidad deleitosa (*delectare*) de los discursos persuasivos, mediante la acumulación de atractivas fotografías sobre sus distintos aspectos arquitectónicos, escultóricos, culturales, deportivos, festivos o gastronómicos.

Otras guías turísticas denotan un menor talante publicitario y promocional, y se limitan a ofrecer lo que pueda resultar de interés al visitante, potenciando la finalidad didáctica (*docere*). Es el caso de *Valladolid. Guía Total Urban*, con texto de Pascual Izquierdo (2015), que incorpora un apartado denominado «Itinerarios por Valladolid» y otro titulado «Alrededores de la capital», así como las indicaciones habituales dedicadas a los mapas de carreteras y accesos e informaciones prácticas.

Algo similar ocurre con *Valladolid. Guía Azul*, con texto de Paloma Ladrado Villafuertes e Ignacio González Orozco (2009-2010), que selecciona lo que resulta «Imprescindible de Valladolid capital»: la Catedral, la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, la iglesia de San Pablo, el Colegio de San Gregorio (Museo Nacional de Escultura), la Plaza Mayor y el monasterio de Santa María de las Huelgas. Quienes dispongan de más tiempo pueden visitar los lugares aconsejados en «La visita». Y tras enumerar los datos prácticos, la guía se completa con un amplio apartado dedicado a las zonas y pueblos de la provincia de Valladolid.

La *Guía turística de Valladolid*, con texto de Óscar Rey Núñez (2015), ofrece la posibilidad de obtener información sobre la ciudad a través de la propia guía impresa o mediante una guía digital, a la que se accede introduciendo un código que se proporciona en la guía impresa. Esta ofrece cinco itinerarios y una sección dedicada a la «información útil». Además, resulta de especial interés en esta guía el apartado dedicado a la historia de la ciudad, pues es más extenso y detallado que el de cualquiera de las otras guías comentadas, lo que se relaciona también con la finalidad didáctica (*docere*), en su versión histórica, de

los discursos persuasivos. Se abre con los interrogantes que aún existen sobre el origen etimológico del nombre de la ciudad (Ayuntamiento de Valladolid, 2012), y ofrece una síntesis de los acontecimientos históricos más relevantes ocurridos en Valladolid.

Aunque existen otras guías turísticas de la ciudad, hemos revisado, a modo de simple muestra, las que nos han resultado más fáciles de adquirir, y constatamos que, más allá del carácter promocional de alguna de ellas, todas proponen itinerarios más o menos comunes por los lugares emblemáticos de la ciudad, y destacan además sus museos, los platos típicos de la zona (haciendo hincapié en los más tradicionales, como el lechazo asado, y en los más innovadores, como las tapas de nueva creación) y los más importantes eventos artísticos o culturales (destacando la Semana Santa y la Semana Internacional de Cine). Alguna guía, además, ofrece un apartado dedicado a la historia de la ciudad. En suma, en las guías turísticas de Valladolid consultadas destaca el componente *demonstrativo*, relacionado con el elogio de sus monumentos y lugares más emblemáticos, con su gastronomía y su producción vinícola y con sus eventos culturales, y algunas de ellas apuestan además por potenciar el componente *deliberativo*, animando abiertamente a los turistas a consumir los productos que ofrece la ciudad. En cuanto a su orientación persuasiva (*persuadere*), es común a todas ellas la finalidad didáctica (*docere*), relacionada con la información sobre los lugares de interés y, en algún caso, la historia de la ciudad, mientras que la finalidad deleitosa (*delectare*) se basa más en recursos visuales que en el uso de artificios lingüísticos, ya que se incluyen fotografías que en sí mismas resulten deleitosas. La finalidad emocional (*movere*) puede rastrearse de manera ocasional en algunos comentarios sobre acontecimientos históricos de la ciudad especialmente patéticos.

2. LA NOVELA *LA EMPAREDADA DEL CORRAL DE CAMPANAS*

Si he querido ofrecer un somero panorama de la visión de Valladolid que las guías turísticas ofrecen al visitante, es para confrontarla con la que encontramos en la novela *La emparedada del Corral de Campanas*, de José Luis Guerra Fernández. Se trata de una novela de índole detectivesca, cuyo principal atractivo, a mi modo de ver, no reside en el desarrollo y el desenlace de la intriga, sino en el original tratamiento que presenta de las calles y lugares de Valladolid. Aunque el argumento no carece de interés y mantiene en todo momento la atención del lector, su carácter resulta poco verosímil, pues cuesta creer que en una ciudad como Valladolid pudieran tener lugar los episodios criminales que se describen. Frente a ello, el recurso consistente en nominar continuamente las calles reales

por las que transcurre el protagonista no solo resulta llamativo por lo inusual, sino que ofrece el contrapunto necesario para dotar a la novela de su credibilidad.

La novela está narrada en primera persona por su protagonista, Luis, un militante antifranquista nacido en torno a 1950, el cual, tras la muerte de Franco en 1975 y la instauración de la democracia, sobrevive como peón de la construcción. Trabajando en una obra en la plaza de la Comedia de Valladolid (llamada antiguamente el Corral de Campanas), realiza un descubrimiento extraordinario: la momia de una mujer judía con unas cuantas monedas en la mano. Inmediatamente, se apropia de las monedas (que resultarán ser una suerte de medallas conmemorativas judías de inestimable valor) y da noticia del hallazgo del cadáver. Y, a partir de ese momento, la posesión de las monedas le convierte en objeto de persecución por parte de personas desconocidas, cuyos motivos no entiende. En parte para salvar su vida y en parte para desentrañar el misterio, el personaje se embarca en una aventura destinada a desentrañar la identidad y las intenciones de quienes le persiguen.

Contemplados de manera lógico-cronológica, en la novela aparecen varios momentos históricos: en primer lugar, se narran con cierto detalle los acontecimientos históricos que sucedieron en Valladolid entre la segunda mitad del siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV, y, más concretamente, los relacionados con la persecución de que fueron objeto los judíos por parte de los cristianos y su confinamiento en un gueto; en segundo lugar, el descubrimiento en 1978 de la momia de la mujer judía con las monedas, cuya apropiación trajo unas consecuencias que fueron descritas en un manuscrito por Luis, el propio protagonista; y, en tercer lugar, los sucesos acaecidos unos veinte años después, en torno a 1998, cuando el antiguo asunto de las monedas judías, que ya parecía olvidado, vuelve a cobrar importancia merced a las revelaciones de un judío experto en filatelia, Lucio Barjoan, quien informa al protagonista de que constituyen el único y valioso resto de una legendaria edición realizada a la vez en Jerusalén, Atenas, Praga y Toledo.

No obstante, los sucesos relacionados con estos tres momentos históricos no se narran de manera lineal, sino que son intercalados a lo largo de la novela. Tras una introducción en la que el protagonista explica que acaba de conocer a Lucio Barjoan, quien le ha asesorado sobre la relevancia de las monedas que encontrara veinte años atrás, el protagonista rescata el manuscrito en el que había descrito su hallazgo, y se dispone a releerlo. El capítulo 1, con números árabes, corresponde al inicio de ese manuscrito. Pero, al finalizar ese capítulo, se incluye otro capítulo I, esta vez con números romanos, que vuelve a situar la acción en el presente. Desde ese momento, se alternan los capítulos con números árabes y con números romanos, de manera que los primeros corresponden a lo narrado hace veinte años en el manuscrito y los segundos al presente en el que se sitúa el protagonista.

Además, el protagonista intenta desvelar quién pudiera ser la mujer judía, y el resultado de sus investigaciones da lugar a otro salto temporal en el tiempo, que nos lleva a la Edad Media. En un primer momento (capítulos 10 y 11), Luis cree identificar a la mujer con Miriam, una judía culta de la época que decidió convertirse al cristianismo y terminar sus días como «emparedada» (y de ahí el título de *La emparedada del Corral de Campanas*). Así se explica tal condición: «Las emparedadas eran mujeres con mucha vocación religiosa y poca pasta para pagar la dote que exigían los conventos. Entonces se metían en un cubil de uno por dos al que dejaban una abertura por donde recibir limosna y comida. Allí pasaban el resto de su vida» (258).

Posteriormente, esta primera hipótesis es desechada, pues se acaba descubriendo que el cadáver era en realidad de otra mujer judía, Marta, hija de Yago Verrox, rabino de la Sinagoga Vieja de la Villa de Valladolid, nacido en 1279. Luis consigue en Praga un manuscrito en el que el propio Yago Verrox cuenta su historia y la de su hija (303-360). En el manuscrito, inserto en el capítulo VIII, se narra cómo la joven Marta se enamoró en Valladolid del caballero cristiano García de Recondo, de quien quedó embarazada, por lo que ambos tuvieron que huir hacia el sur. Yago Verrox entregó a su hija Marta las monedas judías que poseía, y nunca más volvió a saber de ella ni de García.

Y, al final de la novela, se nos hace saber que Marta Verrox no consiguió huir de Valladolid, y que fue emparedada con las monedas en el Corral de Campanas.

Por lo tanto, siguiendo el orden lógico-cronológico, la novela integra las historias en época medieval de Miriam y de Marta Verrox, el hallazgo en 1978 por parte de Luis del cadáver de esta última y de las monedas que portaba, con las consiguientes complicaciones –descritas en un manuscrito– que la posesión de esas monedas le causa, hasta que las cosas se calman, y el momento en el que, veinte años después, hacia 1998, el asunto de las monedas vuelve a cobrar importancia y Luis vuelve a ser objeto de persecución, lo que le lleva a releer el manuscrito y a tratar de identificar a sus acosadores.

Si la novela presenta una meditada reorganización temporal con respecto a su orden lógico-cronológico, también presenta singularidades en el tratamiento del espacio geográfico en el que transcurren los hechos, acaecidos, sobre todo, en la ciudad de Valladolid, cuya descripción, como se ha apuntado, presenta una notable peculiaridad: se mencionan los nombres de todas las calles por las que transcurren las andanzas del protagonista. Valgan como ejemplos los siguientes fragmentos:

enfilé la calle de la Manzana atravesando la plaza Mayor y subí por las del Val y Zapico para desembocar en la plaza de los Arces, de donde arranca la de San Antonio de Padua (107).

Crucé la calle San Ignacio por Fabio Nelli, seguí la calle de la Concepción hasta San Miguel y bajé por la de San Antonio de Padua hasta la casa del abuelo de Tomás (134).

Jorge y yo echamos a andar en dirección a la Plaza de Santa Brígida. Caminamos en silencio hasta atravesarla en dirección a San Ignacio, por la que seguimos. Al llegar a la esquina de Encarnación, frente al palacio de Fabio Nelli, miré la mole de la iglesia de San Miguel y San Julián (208).

La descripción minuciosa de las calles de Valladolid también se produce en un momento en el que Luis y su amante Maribel, contando con la ayuda de un taxista, tratan de despistar en coche a sus perseguidores:

Arrancó sin ningún tipo de comentario y enfiló Cardenal Mendoza, luego Colón para girar por Ramón y Cajal hacia la Chancillería. Dobló a la derecha y luego a la izquierda, saltándose en rojo el semáforo de Gondomar, bajando a velocidad suicida la Rondilla de Santa Teresa y Mirabel, donde se saltó otros dos semáforos. Entramos por el carril contrario de Isabel la Católica [...]. Subimos por Conde Benavente y salimos de ella sin respetar el STOP [...]. Saltamos el bordillo y atravesamos la plaza de Carranza, embocando Isidro Polo para salir a la calle Imperial, Esteban García Chico y, saltándonos otro semáforo, recorrer el primer tramo de Cardenal Torquemada, retomar la Rondilla de Santa Teresa en sentido contrario para girar al fin por Santa Clara y salir a la carretera de Cabezón a más de ciento cuarenta kilómetros por hora (153-154).

En este caso, la velocidad con que el taxi recorre las calles ocasiona un listado especialmente largo de los nombres de las mismas. Teniendo en cuenta la distinción entre *lugar* y *espacio* establecida por Michel de Certeau, según el cual el *lugar* es «una configuración instantánea de posiciones» que implica «una indicación de estabilidad», mientras que el *espacio* toma «en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo», de manera que «el espacio es un lugar practicado» y «la calle geométricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes» (Certeau, 2000: 129), podemos decir con toda propiedad que las calles descritas en la novela no constituyen simples *lugares*, sino *espacios* plenamente vividos por los protagonistas, que los hacen suyos al recorrerlos y los sienten como propios.

Es de advertir que la indicación minuciosa de los nombres de las calles puede producir la curiosidad de los lectores, pues es muy posible que, ni siquiera los que viven en Valladolid, conozcan los nombres de todas las que se mencionan. Y eso origina que el lector, aun siendo de Valladolid, tenga la sensación de que no conoce tan bien como el autor y el protagonista de la novela los nombres de sus

calles, lo que le induce a corregir su situación de inferioridad y a conocer mejor su ciudad.

La indicación de los nombres de una gran cantidad de calles de Valladolid puede resultar insustancial para los lectores que no hayan estado nunca en la ciudad, y aun para los que la hayan conocido superficialmente. A uno y otros, el recurso puede resultarles chocante, pero no producirá en ellos la sensación de que desconocen algo que *deberían* conocer, como puede ocurrirles a los lectores vallisoletanos de la novela.

El empleo de ese recurso, por lo tanto, plantea la cuestión de qué tipo de lector es el «lector ideal» de la obra. Según Umberto Eco (1979), cada texto solicita un tipo de *lector modelo* con una determinada *enciclopedia*, es decir, con los conocimientos suficientes como para entender todas las indicaciones del texto. Se trata del lector ideal que el autor tiene en mente a la hora de escribir su texto, capaz de comprenderlo en su totalidad.

Podemos preguntarnos si el autor de la novela tenía en mente al escribirla un tipo de lector modelo que conociera las denominaciones de todas las calles mencionadas de Valladolid (cosa que podría darse en algunos casos particulares, como los de los taxistas o los entusiastas del callejero), o, más bien, si se trataba de un lector que conociera bien Valladolid y una buena parte de los nombres de sus calles, pero que no conociera todas ellas, y se viera por lo tanto incitado a corregir su carencia. Y hay indicios en la novela que apuntan en esta última dirección.

Hay que tener en cuenta que un mismo texto puede tener distintos tipos de destinatarios, y que incluso el propio autor puede pensar en varios tipos de lectores al escribirlo. A este respecto, Tomás Albaladejo (2009: 1-2) ha propuesto el concepto de *poliacrosis*, entendida como la «audición y la interpretación plurales de un discurso retórico». Si bien este concepto se propone como especialmente adecuado para entender la comunicación retórica, pues los discursos retóricos suelen pronunciarse ante auditorios formados por distintos tipos de oyentes, es fácilmente extensible a la comunicación en general y al ámbito literario en particular. Desde este punto de vista, es obvio que *La emparedada del Corral de Campanas* va dirigida a distintos tipos de destinatarios en los que el autor pensó necesariamente al componerla, y que, básicamente, podrían clasificarse así: los que no conocen Valladolid, los que conocen superficialmente Valladolid y los que conocen bien (pero no suficientemente) Valladolid. Teniendo en cuenta esta terna gradual de lectores, es obvio que la invitación que va implícita en la novela se acentúa en el segundo y, especialmente, en el tercero de los casos, ya que aquellos que conocen bien la ciudad, y sobre todo los que viven o han vivido en ella, son los que en mayor medida podrían sentirse en la obligación de conocer las denominaciones de la mayor parte de sus calles.

Pero la novela de José Luis Guerra no solo invita a conocer los nombres actuales de las calles de Valladolid, sino también sus denominaciones históricas, pues una y otra vez insiste en la relación entre unos y otras. Baste como ejemplo el siguiente fragmento:

Decidí dar una vuelta por las callejuelas que rodean San Benito y las que llegan hasta la plaza de la Trinidad, es decir, la mitad aproximadamente del núcleo de población que limitaba la muralla de la ciudad en el siglo X, más o menos. Salí a la calle de Sandoval, por donde discurría la margen izquierda de la Esgueva hasta mediados del siglo pasado. Al llegar la final, frente al antiguo monasterio y hospedería, giré a la derecha para subir por la calle de San Benito, la que heredó el nombre de *Costanilla* cuando lo perdió la actual de Platerías. Giré por la calle de la Encarnación, primitivamente llamada de los Aguadores... (128-129).

Estas indicaciones sobre los nombres históricos de las calles se relacionan estrechamente con uno de los propósitos que, a mi juicio, vertebran la novela: la invitación a conocer el pasado histórico de Valladolid.

Luis se interesa tanto por el pasado de la ciudad que incluso cree presenciarlo al transitar por sus calles: «y como me ocurría últimamente con cierta frecuencia, creo ver la ciudad tal como era en una época indeterminada de la Edad Media» (209). Así pues, no solo se invita al lector a que conozca la historia de Valladolid, sino a que visualice en su imaginación cómo era la ciudad en la época medieval (lo que se relaciona en cierta forma con el recurso retórico de la *evidentia* o *hipotiposis*, consistente en describir las cosas ante los ojos, de manera que el oyente tenga la sensación de que las está viendo).

A lo largo de la novela se lamenta repetidamente el escaso conocimiento que tiene la ciudadanía de Valladolid sobre la historia de su ciudad. En el capítulo II, Lucio Borjan dice al respecto lo siguiente: «Esta ciudad tiene una historia que no merece por la desidia y el desinterés que ha mostrado siempre tanto por los hechos como por sus restos» (48). En el capítulo 3, tras descubrir la momia de la mujer judía con las monedas, Luis muestra su interés en «descubrir un poco la historia» de Valladolid. Y añade lo siguiente: «No es que le tenga mucho cariño, pero su pasado me merece un cierto respeto» (62). Sin mostrar mucho apego por el presente de la ciudad, Luis confirma su interés por su pasado. Y en el capítulo 6, Luis afirma lo siguiente:

Pasé toda la tarde y la mañana del día siguiente en la biblioteca, buceando en la historia de la ciudad, y me sorprendió lo poco que se había publicado, y sobre todo investigado, sobre ella. Además, la mayor parte de los trabajos, o al menos los más importantes, los habían llevado a cabo investigadores foráneos o incluso extranjeros (105).

Conviene recordar que el propio autor de la novela, José Luis Guerra Fernández, es natural de Caracas, aunque durante una parte de su vida trabajara como telefonista del Hospital del Río Hortega, de Valladolid, y viviera en la ciudad, donde también falleció. Ello sugiere que la novela, escrita también por alguien que no nació en la ciudad, pretende colaborar a propagar el conocimiento de la historia de Valladolid entre sus habitantes. Y Luis afirma con cierto orgullo lo siguiente: «Pero, sea como fuere, sabía un poco más sobre la historia de la ciudad en la que vivía» (105).

Estas palabras suponen una clara invitación a un tipo de destinatario concreto, el lector que vive en Valladolid, para que llegue a saber tanto de la ciudad como el protagonista de la novela.

En el mismo capítulo 6, Luis recrimina a don Guzmán de Lieza y Recondo que no quiera dar a conocer parte del resultado de sus investigaciones sobre la historia de la ciudad: «Tiene usted una dosis tan disparatada de soberbia que preferirá que una parte de la historia de la ciudad, a la que dice amar tanto, quede ignorada para siempre antes que ser postergado en una investigación. Sé que conoce usted, y posee además, datos que ignora todo el mundo» (109). Frente al desapego que mostraba Luis por el presente de la ciudad, se destaca el amor que dice sentir por ella don Guzmán, a pesar de que esté interesado en ocultar parte de su historia. En el capítulo 8, el mismo don Guzmán dice a Luis lo siguiente: «Como habrás podido intuir ya, esta ciudad tiene una historia más profunda, mejor: más amplia que la admitida hasta ahora, y por supuesto mucho más que la conocida por el vulgo» (137). Y aunque Luis se apresura a mostrar su disgusto por la terminología de su interlocutor («Aquello de *el vulgo* me molestó enormemente»), en las palabras de don Guzmán no deja de haber otra invitación a conocer la historia de la ciudad.

En el capítulo VIII se transcribe la traducción del manuscrito de Yago Verrox, en el que narra los acontecimientos históricos que ocurrieron en Valladolid en la época en que él vivió allí, antes de tener que huir de ella y refugiarse en Praga. Yago Verrox escribe lo siguiente: «Escribo esta mi historia porque veo acercarse el final de mis días y observo con tristeza, en esta ciudad que me adoptó y a la que amo [Praga], los mismos odios y sospechas que vi en mi lejana Valladolid hace mucho tiempo» (303). Estas palabras reflejan la amargura y sufrimiento de los judíos al verse expulsados de las que consideran *sus* ciudades («mi lejana Valladolid»), y denotan también el cariño que el personaje siente no solo por su ciudad de adopción, sino también por la ciudad de Valladolid que tuvo que abandonar. Si Luis demuestra su desapego por el presente de la ciudad en la que vive, a la vez que su respeto por su pasado, que quiere conocer, Yago Verrox sugiere su afecto por la ciudad medieval en la que vivió; y si Luis cree ver, al pasear por las calles de Valladolid, cómo era la ciudad en el medioevo, el relato

autobiográfico de Yago Verrox, próximo ya al final de la novela, termina por situarnos directamente en la ciudad medieval.

3. CONCLUSIONES

En suma, en *La emparedada del Corral de Campanas* se sugiere, en primer lugar, que los lectores que viven en Valladolid no conocen los nombres de todas las calles de su ciudad, lo que supone una invitación implícita a superar esa carencia; y, en segundo lugar, se da por supuesto de manera explícita que la generalidad de los ciudadanos de Valladolid desconoce la historia de su ciudad, y se la invita a superar su ignorancia. Además, se ofrece a otros lectores que no conocen Valladolid o que la conocen superficialmente la posibilidad de imaginar cómo eran las ciudades castellanas del medioevo y qué tipo de acontecimientos históricos tuvieron lugar en ellas.

En conformidad con la Poética clásica, los textos literarios tenían la doble finalidad de enseñar y deleitar, lo que se recogía en la dualidad *docere / delectare*, sistematizada en el *Ars Poética* de Horacio. Y la novela de José Luis Guerra tiene sin duda ese doble propósito: si su intriga detectivesca y el propio carácter osado y aventurero del protagonista la convierte en una obra atractiva, la invitación a conocer los nombres históricos y actuales de las calles de la ciudad y los acontecimientos históricos que sucedieron en ella tiene un claro componente didáctico. No obstante, y aun tratándose de un texto literario, es posible comparar la visión que se ofrece de Valladolid en *La emparedada del Corral de Campanas* con las de las distintas guías turísticas de la ciudad, las cuales tienen un propósito más cercano al de los discursos retóricos.

Como hemos comentado, las guías turísticas de Valladolid van dirigidas, fundamentalmente, a aquellos turistas que han tomado previamente la decisión de visitar la ciudad, y que, por lo tanto, desconocen parcial o totalmente lo que van a encontrar en ella, e incorporan básicamente dos de las finalidades de los discursos retóricos: enseñar (*docere*) al turista qué hay de interés en la ciudad y deleitarlo (*delectare*), no tanto mediante el uso de procedimientos lingüísticos, como a través de atractivas fotografías sobre sus lugares emblemáticos. La tercera finalidad, destinada a suscitar la afectividad emocional del lector (*movere*), suele tener una presencia menor en las guías turísticas.

La emparedada del Corral de Campanas, por su parte, tiene varios tipos de destinatarios, que hemos clasificado de forma gradual: los que no conocen Valladolid, los que conocen superficialmente Valladolid y los que conocen bien (pero no suficientemente) la ciudad. En este caso, no se trata de destinatarios que hayan tomado la decisión de visitar la ciudad, sino de lectores que nunca han estado en

ella, de otros que han estado alguna o algunas veces y de los que habitan en la misma. Y aunque cada uno de estos tres tipos de destinatarios puede encontrar distintos aspectos de interés en la novela, una de sus finalidades esenciales, relacionada con el componente didáctico (*docere*), es la de convencer a los habitantes de Valladolid, que constituyen el tipo de destinatario privilegiado de la obra, de que conozcan mejor los nombres de las calles de su ciudad y de que se interesen por su historia. El tipo fundamental de lector modelo o ideal de la novela no es, por lo tanto, el mismo que el de las guías turísticas, sino su opuesto: el que vive en la ciudad. Si la finalidad didáctica (*docere*) es común a la novela y a las guías, el componente deleitoso (*delectare*) se basa en recursos diferentes: en las guías se sustenta, sobre todo, en las fotografías que se incluyen, mientras que la novela, lógicamente, apuesta por los recursos que le son inherentes, desarrollando una intriga sustentada en las transformaciones temporales que capta la atención del lector y resulta atractiva. Y si en las guías turísticas apenas se desarrolla la finalidad emocional (*movere*), esta resulta esencial en la novela, y en especial para los habitantes de Valladolid, pues, a pesar del supuesto desapego que muestra el protagonista hacia el presente de la ciudad, no deja de mostrar su respeto por su pasado, y otros personajes manifiestan su afecto por la misma, que transmiten el que su autor, José Luis Guerra, seguramente sentía por ella. Y aun siendo «foráneo o extranjero» de nacimiento, supo contagiárselo a sus lectores privilegiados: la lectura de *La emparedada del Corral de Campanas* sin duda consigue que quienes viven en Valladolid sientan mayor aprecio por el pasado y el presente de su ciudad, y esa es sin duda su mayor virtud.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBALADEJO, T. (1999): «Los géneros retóricos: clases de discurso y constituyentes textuales», en PARAÍSO, I. (coord.) (1999): *Téchne Rhetoriké. Reflexiones actuales sobre la tradición retórica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 55-64.
- (2009): «La poliacrosis en la representación literaria: un componente de la Retórica cultural», en *Castilla. Estudios de Literatura*, 0: 1-26, <http://www5.uva.es/castilla/index.php/castilla/article/view/4/1>.
- AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID (2012): *Ay, Pucela! Una síntesis bibliográfica de los «dimes» y «diretes» sobre el origen de los nombres de Valladolid*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid.
- (2014): ¡Velay! Valladolid en todos los sentidos, texto del Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, Sociedad Mixta para la Promoción del Turismo de Valladolid-La editorial de Urueña Castilla Tradicional.

- BARTHES, R.** (1990): «El mensaje publicitario», en **BARTHES, R.** (1990): *La aventura semiótica*, Barcelona, Paidós, 239-243.
- CASTELLÓ MAYO, E.** (2002): «El mensaje publicitario o la construcción retórica de la realidad social», *Revista Latina de Comunicación Social*, 52, octubre-diciembre, <http://www.ull.es/publicaciones/latina/2002castellooctubre5201.htm> (28-9-2016).
- DE CERTEAU, M.** (2000): «Relatos de espacio», en **DE CERTEAU, M.** (2000): *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México D.F., Universidad Iberoamericana, 1ª reimpr. 127-142.
- ECO, U.** (1979): *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen.
- FERRAZ MARTÍNEZ, A.** (1993): *El lenguaje de la publicidad*, Madrid, Arco-Libros.
- IZQUIERDO, P.** (2015): *Valladolid. Guía total Urban*, Madrid, Anaya, 2.ª ed., 1.ª reimpr.
- LEDRAO VILLAFUERTE, P.; I. GONZÁLEZ OROZCO** (2009-2010): *Valladolid. Guía Azul. El mundo a tu aire*, Madrid, Guías Azules de España.
- LÓPEZ EIRE, A.** (1998): *Retórica en la publicidad*, Madrid, Arco Libros.
- LLORENTE, M.** (coord.) (2014): *Topología del espacio urbano: palabras, imágenes y experiencias que definen la ciudad*, Madrid, Abada Editores, 171-211.
- MADRID CÁNOVAS, S.** (2005): *Semiótica del discurso publicitario. Del signo a la imagen*, Murcia, Universidad de Murcia.
- MORENO DE NICOLÁS, S.** (2012): «Retórica y publicidad: anuncios de antes, valores de ayer», *Revista Rhêtorikê*, 4: 119-144.
- REY NÚÑEZ, Ó.** (2015): *Guía turística de Valladolid*, Valladolid, Monumentour.
- ROBLES ÁVILA, S.** (2004): *Realce y apelación en el lenguaje de la publicidad*, Madrid, Arco libros.
- SÁNCHEZ CORRAL, L.** (1991): *Retórica y sintaxis de la publicidad. Itinerarios de la persuasión*, Córdoba, Universidad de Córdoba.
- SPANG, K.** (1991): *Fundamentos de retórica literaria y publicitaria*, Pamplona, Eunsu.
- VV.AA.** (2003), *Ciudades posibles*, Toledo, Lengua de Trapo.
- WESTPHAL, B.** (2007): *La Géocritique. Réel, Fiction, Espace*, París, Les Éditions de Minuit.